

LIRICOS INDEPENDIENTES EN LA HISTORIA DE LA LITERATURA COLOMBIANA (*)

Por CARLOS ARTURO CAPARROSO

Haciendo contraste con el absoluto romanticismo de Pombo o de Isaacs, rimaron algunos poetas a quienes, en rigor, no se les puede catalogar como románticos. Apenas algunos de ellos, en grado insignificante, muy restrictamente, ofrecen matices de tales. Pero son, en todo caso, los menos. Los restantes, verdaderos clasicistas cultivadores de las más diversas formas de lirismo, desde la ligera modalidad festiva y humorística hasta la severa poesía religiosa, filosófica y patriótica.

Representativos de este grupo de poetas son Miguel Antonio Caro, José Manuel Marroquín, Ricardo Carrasquilla, Belisario Peña, Agripina Montes del Valle.

*
* *

Miguel Antonio Caro (Bogotá: 1843-1909), hijo del alto lírico José Eusebio, es un acabado modelo de poeta clasicista.

Pero más que como poeta, Miguel Antonio ocupa sitio eminente en nuestra historia literaria por sus ejemplares calidades de humanista. En este sentido, puede afirmarse de él, sin riesgo alguno de caer en el diti-rambo, que es el cerebro más nutrido y mejor organizado que ha tenido este país. Ensayista en materia de crítica literaria, histórica y filosófica; gramático y filólogo; orador académico y parlamentario; jurisconsulto; periodista que durante varios años dirigió aquella sabia y diserta hoja de publicidad de altas ideas que fue *El Tradicionista*: todas estas fueron facetas en que su inteligencia brilló con inimitable maestría. Político por temperamento y por fidelidad a la encumbrada concepción que de los deberes cívicos profesaba, fue miembro del Congreso, Presidente de la República y eje de la reforma institucional que culminó en la Carta de 1886, obra de cuyo articulado fue Caro principal y casi único autor.

(*) De la obra para publicar "La Lírica en Colombia" que forma parte de una magna historia de la literatura colombiana, tratada por temas separadamente.

Poeta, lo fue Miguel Antonio Caro al modo de un Jovellanos, Menéndez y Pelayo o Bello. Hombres de erudición y de intensa disciplina mental, prosistas por sobre todo, que no desdeñaron, sin embargo, expresar ideas o afectos en el molde del verso; que cultivaron, con cariño, esmero y sobriedad, su circunscrito huerto lírico junto a la fábrica robusta y firme de su sabiduría.

En dos secciones se reparten las poesías de nuestro humanista: las traducidas y las originales. Aparte de que gustó también versificar en el idioma del Lacio, en el cual compuso poemas originales, como su himno a Pío X, y vertió otros, ya suyos, ya de poetas colombianos y extranjeros, como Héctor, de José Eusebio Caro; *La monja desterrada*, de Ortíz; *la Canción a las ruinas de Itálica*; *El 5 de Mayo*, de Manzoni.

Al castellano trasladó poetas antiguos y modernos. Entre los primeros figuran en lugar destacado Virgilio y Horacio. Su traducción de la *Eneida* ha sido considerada como la mejor hecha hasta ahora, en verso, en nuestra lengua. Es un renovado alarde de filología, de aplicación y de comprensión, "momento de la literatura moderna universal y corona que apareja a su autor con León, Delille, Dryden y Voss" (Marco Fidel Suárez). Entre los segundos, las hay de Byron, Shelley, Lamartine, Manzoni, Sully y Prudhomme, Carducci, etc.

Como poeta original, cultivó de preferencia la lira filosófica, religiosa y patriótica. También la sátira. Y cantor de puros afectos amorosos, clase de lirismo en que junta, a su depurado clasicismo, blandos dejos románticos: tal su colección de versos *Horas de Amor*.

De sus poesías originales merecen especial mención *Pro senectute*, *La Flecha de Oro*, *Himno a las Estrellas*, *La Vuelta a la Patria*, *Canto al Silencio*, *A la Estatua del Libertador*.

No es Miguel Antonio Caro un lírico de alta y estremada **inspira-**ción. Su numen es reposado, adusto, medido.

Mas, con todo y eso, cima de esencial lirismo alcanzó en su poema *A la Estatua del Libertador*, el mejor modelo de oda heróica que ofrece nuestro Parnaso. Obra del más perfecto corte clasicista por lo tasado de la emoción y por la trabajada elegancia de la forma, rigurosamente ajustada y ceñida a la inspiración por virtud de los múltiples recursos de un experto conocedor de los secretos del idioma.

Admiraba Caro extraordinariamente a Bolívar. Y le amaba profundamente desde el fondo de su corazón. Como historiador, justipreciaba su grandeza. Como patriota, le tributaba el obligado culto. Como hombre, sintió su gran tragedia. Y como poeta, le cantó en forma imperecedera.

Si Olmedo —el primer cantor que tiene Bolívar— le vio con su brillante imaginación en el momento de su esplendor, Caro lo sintió en el instante del aflictivo ocaso, como el escultor cuya efigie fue la causa inmediata de su canto:

No en raptos de heroísmo,
no en vértigo de triunfos y esplendores
admiró tu grandeza. El a ti mismo
te buscó en el abismo
de recónditas luchas y dolores.

El sereno poema, cuya construcción estrófica adecuada se presta a la reposada meditación, impregnado todo de una recóndita melancolía, es una serie de versos certeramente orientados por el poeta a la intensa concentración emotiva del efecto final, aquel patético resolverse en la última estancia, fervorosa invocación, grito del alma que cae de hinojos ante la tremenda desolación del Padre de la Patria:

Libertador! delante
de esa efigie de bronce nadie pudo
pasar sin que a otra esfera se levante,
y te llore, y te cante,
con pasmo religioso, en himno mudo.

*
*

Pareja del ameno costumbrismo en prosa se dio la poesía festiva, humorística y popular.

Joaquín Pablo Posada (1825-1880), rimador jocosos y travieso, fue fecundo improvisador, de chispeante inspiración, tipo de poeta vagabundo y bohemio. Su facilidad para componer era sencillamente irrefrenable. Un tema insistente solía repetir en sus famosas décimas: hablar de sus aprietos pecuniarios:

Figúrate que le debo
a todo el que en torno miro;
debo el aire que respiro
y debo el agua que bebo.

y pedir descaradamente dinero prestado a sus amigos:

Con otro fuera torpeza
ser, como soy, tan sincero,
debiendo, al pedir dinero,
ocultar tanta pobreza.
Mas contigo, con franqueza
hablo de la suerte mía;
ingrato y falso sería
si no hablara como hablo,
porque fuera olvidar, Pablo,
tu nobleza y tu hidalguía.
Quiero acabar: necesito
diez y seis pesos...

Se ejercitó Posada en el periodismo satírico. *El Alacrán*, que redactó conjuntamente con Germán Gutiérrez de Piñeres, fue publicación de ácidas virulencias. Dejó un tomo de *Poesías festivas* y los *Camafeos*, colección de retratos satíricos en verso de los más ilustres colombianos de su tiempo.

*
*

Obra maestra del género festivo nos legó en *La perrilla*, agradable juguete de sano, fresco y regocijado humor, José Manuel Marroquín (1827-1908), modelo de castizo aunque frío versificador en epigramas, fábulas y parodias; por otra parte, buen costumbrista, orador académico y escritor didáctico, novelista de evidentes aciertos en *El Moro*.

Con Miguel Antonio Caro y José María Vergara y Vergara fue Marroquín de los iniciadores de la Academia Colombiana de la Lengua, y su primer secretario. Asiduo tertulio de *El Mosaico*. Político inesperadamente a lo último de su vida, puede decirse que le aconteció en verdad aquello por él versificada en *La perrilla*:

Es flaca sobremanera
toda humana previsión,
pues en más de una ocasión
sale lo que no se espera,

porque, de su sosegada existencia de letrado y de hidalgo campesino, por raras vicisitudes históricas, se vio llevado a la Presidencia de la República, posición en la que le tocó hacer frente a una de las emergencias más conturbadas de la vida nacional: guerra civil de 1899 a 1902, pavorosa crisis económica, separación de Panamá.

También cultivaron el género festivo Ricardo Carrasquilla (1827-1886), otro de los connotados miembros de *El Mosaico*, distinguido pedagogo, autor de ingeniosas *Coplas* y de la conocida letrilla *Lo que puede la edición*; y César Conto (1836-1891), periodista y gramático, mordaz parlamentario, acertado traductor de poetas ingleses, lírico de escasa fortuna y habilísimo compositor de poesías jocosas y satíricas, improvisador ágil y copioso en los jolgorios, tertulias y saraos de la época.

Antonio Morales, por los mismos días, dio estimable impulso a la poesía popular en una serie de poemas descriptivos de la vida campesina.

*
*

Fuertes impregnaciones románticas presenta Agripina Montes del Valle (1844-1915), la más destacada de las poetisas colombianas del pasado siglo, elogiosamente considerada por Valera y cuyas poesías merecieron la distinción de un prólogo de Pombo.

Pero no es la modalidad romántica la mejor caracterización lírica de doña Agripina. Sobresale ella, principalmente, como seguidora del clasicismo de Ortiz. Así aparece en sus dos odas *A la América del Sur*, premiada en 1872 en un concurso literario realizado en Chile, y *Al Tequendama*, pieza de reconocido valor antológico.

Al Tequendama es el mejor canto dedicado a nuestra famosa catarata. Brillantes imágenes, fluencia del verso, grandeza de la concepción, vigorosas pinceladas descriptivas, cálida efervecencia poética, valoran y enaltecen el acierto de la afortunada cantora:

Tequendama grandioso:

*deslumbrada ante el séquito asombroso
de tu prisma, riquísimo atavío,
la atropellada fuga persiguiendo
de tu flotante mole en el vacío,
el alma presa de febril mareo,
en tus orillas trémulas paseo.
Raudas, apocalípticas visiones
de un antiguo soñar al estro vuelven,
resurgen del olvido sus embriones
y en tus iris sus formas desenvuelven.
¡Y quién no soñará, de tu caída
al formidable estruendo,
que mira a Dios, creador omnipotente,
entrevisto al fulgor de tu arco horrendo!...*
.....
*Envuelto en los profundos torbellinos
de la hervidora tromba de tu espuma
e irisado en fantástico espejismo,
con frenesí de ciego terremoto,
entre tu aérea clámide de bruma
te lanzas despeñado,
gigante volador, sobre el abismo.
Se irgue a tu paso murallón inmóvil
cual vigilante esfinge del Leteo,
mas de tu ritmo bárbaro al redoble
vacila con medroso bamboleo.*

*Y en tanto, al pie del pavoroso salto
que desgarrar sus senos al basalto,
con tórrida opulencia
en el sonriente y pintoresco valle
abren las palmas florecida calle.
Por verte allí pasar, la platanera
sus abanicos de esmeralda agita,
la ondulatora elástica palmera
riega su gargantilla de corales,
y al rumor del titán cosmopolita,
con sus galas y aromas estivales,
la indiana piña de la ardiente vega,
adorada del sol, de ámbar y de oro,
sus amarillos búcaros despliega.
Sus ánforas de jugo nectarino
te ofrece hospitalaria
la guanábana en traje campesino,
a la par que su rica vainillera
el tamarindo tropical desgrana,
y la silvestre higuera
reviste al alba su lujosa grana.
Bate del aura al caprichoso giro
sus granadillas de oro mejicano
con su plumaje de ópalo y zafiro
la pasionaria en el palmar del llano;
y el cámbulo deshoja reverente
sus cálices de fuego en tu corriente...*

Como la Musa del Tequendama, tras las huellas de Ortiz siguieron otros poetas como Rafael Tamayo (*Al trabajo, A Bolívar*); Arsenio Esquerro, de inspiración religiosa, patriótica y hogareña; Ruperto S. Gómez, cuyo poema *A la memoria de don Andrés Bello* fue premiado en concurso abierto por la Academia Colombiana de la Lengua para conmemorar el primer centenario del natalicio del grande humanista.

*
* * *



Imitando entonaciones de Fray Luis, versificó especialmente temas religiosos y poesía elegíaca Belisario Peña (1836-1906).

De índole elegíaca, dejó un canto de merecida consagración: *Elegía en la muerte de Francisco Ortiz Barrera*, de hondo y sincero sentimiento en tasada expresión.

Con mesura y pulcritud, austeramente, alineaba sus versos Peña. Pero, con tan meticuloso rigor formalista, con tan exagerado celo de pureza verbal, que frecuentemente se hace artificioso, rígido, amanerado.

Su tónica más sostenida fue la poesía religiosa. Se distinguió, sobre todo, como cantor mariano, en varias composiciones de las cuales la más importante es su extenso y profundo *Canto a la Concepción Inmaculada de María*.

Belisario Peña se radicó en el Ecuador, y en la vecina república, en donde falleció, vivió la mayor parte de su larga vida.

Poetas religiosos fueron también el padre Teódulo Vargas (1844-1911), de cuya producción *El Crucifijo del Jesuíta* dijo Rafael Pombo: "Parece todo este canto precisión, limpieza, energía, elegancia, naturalidad de plan y ejecución. Oda clásica porque puede servir de modelo por su regularidad y aristocrática pureza"; y el obispo de Santa Marta monseñor Rafael Celedón, evangelizador de la Guajira, orador sagrado y filólogo, con su principal poema *La Asunción de Nuestra Señora*.

*
* * *

Aunque perteneciente a una generación posterior a la de los poetas relacionados en esta sección, sin embargo, tanto por la naturaleza de su poética nacional y sobresaliente orador académico Antonio Gómez Restrepo (Bogotá: 1896-1947).

Es el lirismo del insigne crítico de noble discreción sentimental, de leves tonalidades románticas. Por su versificación, de acusadas perfecciones, puede ser catalogado como un verdadero neo-clásico. Y no sólo por su versificación, sino también por algunos de los temas que trató, particularmente aquellos sus versos inspirados en motivos de la tierra y de la historia de Italia.

Sus sonetos *Ante la estatua de Marco Aurelio* y *Los ojos*, y la bella elegía *Dolor*, compuesta en ocasión de la muerte de su esposa, son piezas de justa recordación.

Con maestría tradujo Gómez Restrepo cantos de Leopardi.

Como figura intelectual es el respetable crítico —diplomático en más de una oportunidad— uno de los casos señeros, en la historia de nuestras letras, de persistente fidelidad a su vocación de escritor.

CARLOS ARTURO CAPARROSO
Catedrático de Historia de la Literatura en el Claustro de Bachillerato.

LA HISTORIA NACIONAL EN LOS DOCUMENTOS DEL COLEGIO DEL ROSARIO